

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 217.

Sevilla.—Viernes 21 de Septiembre de 1900

AÑO XXIV.

Cómo empieza....

Ayer anduvo á tiros la Guardia civil con los obreros de Barcelona declarados en huelga, y con los obreros sin trabajo por consecuencia del cierre de fábricas que habíamos pronosticado hace tiempo.

El invierno ha de ser duro y cruel para todos los que vivimos de un trabajo honrado.

Los primeros efectos de desastre se están sintiendo ya en Barcelona, y muy pronto la crisis se presentará en todas las comarcas fabriles, industriales y agrícolas de España, porque subsiste la causa que no podía resolverse con expedientes, ni con jurar y con medidas en que el monopolio y el privilegio han acaparado lo poco que nos quedaba.

Con el Gobierno, todos los elementos vencidos por su participación en el gran desastre nacional de 1898, se concertaron para dominar al pueblo, para conjurar la revolución, para evitar la sacudida, y ésta, á medida que más se prolongue, como es indefectible, ha de ser más violenta.

Los que constantemente hemos llamado la atención de todas las clases productoras del país para que nos ayudaran en la obra de liberar á España de aquellos que la precipitaban á la catástrofe, y que, por fin, la sumieron en el abismo en que cayó bajo el imperio del vencedor insaciable, no fuimos escuchados, y á broma se tomaban todas nuestras predicciones, y con sarcástica risa se respondía á las saludables y desinteresadas advertencias.

La lección fué cruel; pero ni se manifestó el patriotismo, ni se previno la contingencia de otra catástrofe más tremenda que haga retemblar el propio suelo peninsular ante las plantas de extranjeras legiones, que si no con los laureles de la victoria, se imponen por las artes dolorosas de una dominación económica que hace imposible el desarrollo de las industrias y la producción agrícola nacional.

Atentos los causantes de la deshonra á sus particulares egoístas miras, reducen al pueblo á la esclavitud, le cierran la puerta amplísima de la libertad, tiranizándole con rigurosas medidas de gobierno, y acaparan su riqueza con enormes impuestos para satisfacer los voraces apetitos de rentistas extranjeros y de afortunados negociantes.

Aquella aparente prosperidad del año último que respondía á causas circunstanciales, se ha trocado ya en tristísimos presente tan cercano al hambre y á la miseria, que sus desastrosos efectos los estamos tocando.

El prólogo ha ocasionado derramamiento de sangre, y como el mal es tan hondo, cuando avance el terrible azote, la fuerza hará de las suyas, y sucederá que las masas famélicas arrollarán todo lo que encuentren á su paso, y vendrá la catástrofe, que llegará á unos límites tales en que todo se habrá perdido, si no acudimos á conjurarla todos los hombres de buena voluntad no contaminados.

A nuestro juicio está planteado el problema del hombre con todas sus negruras, consecuencia obligada del desconcierto económico de todos los gobiernos de la restauración, y forzada nota del malestar general que se siente en el país por las heridas abiertas, que si aparentemente se habían cerrado, no podían cicatrizar mientras mantuvieran los españoles un punto de honor. Acaso no pudo el patriotismo realizar la misión redentora, porque el destino demandaba que aún debíamos ir más allá en nuestra caída, y no vino el concierto de voluntades, y faltó la inteligencia para dar la batalla.

Los pueblos, como los hombres, tienen derecho á la vida. España está á punto de perder su autonomía política, como tiene amenazada su autonomía económica si no acudimos á salvarla presurosos y la sacamos de las garras voraces de un gobierno y de un régimen, que lo mismo que entregaron á las plantas del vencedor todos nuestros territorios, deponiendo además el honor de nuestras armas, legando después todas nuestras riquezas, le harán también dueño y señor de nuestras mujeres y de nuestras vidas.

La revolución amenaza por el hambre, y no tendrá otra orientación que el hartazgo del fármaco, si no se interpone la idea redentora y

dirige y encauza hacia las soluciones de libertad, de autonomía nacional y de dignificación y mejoramiento de las clases trabajadoras.

Los republicanos tienen en sus manos la suerte de España. Los republicanos pueden librar á la patria y redimir al pueblo en estos momentos en que estamos expuestos á perderlo todo.

La revolución bienhechora nos requiere apremiantemente. Es cuestión de vida, de honra, y salvarla es lo primero.

¡A salvar á España por la revolución de la idea ó á morir en el empeño!

Murmuraciones

¡Bendito sea el Sagrado Corazón de Jesús, y qué munífico es en todas sus manifestaciones! Ayer por la mañana, por encargo especial del arzobispado de esta diócesis, estuvieron en los patios de la Cárcel Nacional de Sevilla dos señores sacerdotes y un vejete zumbón y dicharachero, á regalar á cada uno de los reclusos seis cigarrillos de papel de los de 0'25 con que envenena la católica Tabacalera á la cristiandad española.

Después que hicieron, uno por uno, la entrega de regalo tan magnífico, hubo la plática consiguiente; luego las vivas á la Virgen, y detrás las coplitas al Corazón Santo, tú reinaras.

Esto, con ser gracioso, porque tiene gracia, no lo es tanto como el final del sainete, que consistió en echarle á los reclusos un pelón de caramelos.

Porque se conoce que estos pobres señores tomaron el rabano por las hojas.

El pelón de caramelo fué inventado por un canónigo, acompañante en estas visitas, para echárselos á las reclusas, con el objeto de que éstas, al agacharse á coger los caramelitos, se pelearan las unas con las otras, rodando por el suelo, y enseñaranlo que el tal canónigo deseaba ver.

Pero los reclusos, ¿qué van á enseñar?

De cualquier manera, digamos el consabido: *Del lobo, un pelo.*

No se arruinará el arzobispado de Sevilla dando limosnas.

¡Con veinticuatro reales ha salido del paso!

Se han restablecido las garantías constitucionales en Madrid.

Y apesar de ello, ni la carne ni el pan han bajado de precios.

Refiriéndose á esto—y no agradeciéndolo de camino—dice *El País*:

«En la provincia de Madrid, por no prender á nadie, andan sueltos multitud de bandidos de alta y baja clase, sin que nadie se meta con ellos.

En cuanto al derecho de reunión, se ha consentido en la Plaza de Toros, que es el único sitio en que se reúnen los españoles libremente.»

Se ha olvidado el colega de las casas de juego, porque en Madrid también están bastante concurridas.

Y de la Bolsa.

Y de las ruletas de San Expedito, abogado de todas las chiquillas sin novio.

Sigue el colega:

«Hay algo de matonismo en el gobierno. Mientras más humildes nos mostramos, más se ensorberce y exalta en su iracundia y su insolencia.

Viendo que aquí se pueden vender territorios, entregar ejércitos, hundir escuadras, deshonorar á la nación, sin que nadie se queje ni proteste, el Gobierno, ha acabado por perderle el miedo al león enfermo, y no cesa de plantarle en las costillas sus herraduras de asno.»

¡Hombre, hombre, qué desconocimiento denuestra el colega respecto á los asnos!

¡No sabe *El País* que los asnos no usan herraduras?

Bien es verdad que yo me refiero á los asnos que comen paja.

Los asnos gubernamentales, los asnos que comen *Consommé* y *Filetes de Bœuf* tal vez gasten herraduras.

Indudablemente las gastarán.

Hay en Málaga un asilo que llaman de colilleras, y allí llevan á las niñas que andan por las calles sueltas.

Bueno, ¿pero en ese asilo las educan, las enseñan, ó las dejan allí adentro siguiendo tan colilleras?

La educación, la enseñanza, los centros docentes, etc., etc., etc., se han puesto de moda.

Y tanto se han puesto de moda, que hasta el Sr. D. Pedro Rodríguez de la Borbolla, diputado gamacista, no se desdén en salir á la palestra periodística á romper lanzas contra el caciquismo académico, cuyo caciquismo—por yo no sé qué cuentas hace el simpático diputado sevillano—se ha equivocado en unos cuantos céntimos, por cuya falta de mala ó buena aritmética, anda D. Pedro bebiendo los vientos por Chiclana y Sevilla, y por Sevilla y Chiclana, queriendo que *ajorquena* á media humanidad.

La Andalucía Moderna, El Porvenir, y no sé si algún otro periódico también, han echado su céntimo á espadas, y cada uno dice lo que á sus fines interesa, ó lo que á la justicia conviene.

Y como cada uno expone su opinión, incluso Pepe Ñigo, quien dice que mientras más chico sea el colegio en que se estudie, mejor bachiller se sale, porque el bachillerato, para que sea bueno, requiere estrechez, carencia de oxígeno y urinario á la vuelta de la esquina, yo también voy á exponer la mía, que en esto de enseñanza también tengo opinión.

Dejo á Pepe Ñigo con la suya, porque él ha tenido colegio y debe saber lo que, se dice, y voy á entrar en el terreno que yo creo que deberían entrar todos los que en la enseñanza se ocupan, y eso... en señalar á los que, so capa de la religión, fundan establecimientos de enseñanza y pastelean á los padres de familia.

Ha llegado hasta mí una circular de un colegio titulado San Antonio de Padua, cuyo director, en el cuadro de profesores, es el Sr. D. Antonio Márquez Pérez, presbítero, licenciado en Filosofía y Letras... Pues bien; este señor, que es director y licenciado en la circular que manda á los padres de familia, en el Instituto no es tal cosa. En dicho centro aparece como director de dicho colegio el Sr. D. Francisco Oví y Pelayo, licenciado de verdad.

¿Qué enjuague es este, Sr. Rector de la Universidad?

—Enjuague de cura—me dirá.

De donde resulta una superchería.

Yo creo que así debe hablarse.

Pues vaya otra superchería mayor.

En la misma circular á que me refiero aparece el Sr. D. Francisco Oví y Pelayo como *doctor* en Filosofía y Letras; y el Sr. Pelayo, que es amigo mío, no se firma más que como lo que es, como licenciado, dándose el caso ridículo—del que el interesado me consta que no tendrá la culpa, porque es hombre modesto—que mientras en el Instituto aparece como licenciado y director de dicho colegio, en las circulares programas figura exclusivamente como profesor, y *doctor* como cominitos.

Sr. Rector, ¿se va usted enterando? Este colegio es de un cura.

En la misma circular á que me refiero aparecen dos profesores más—á quienes no quiero nombrar, porque ellos no tienen la culpa de que dicho cura los licencie á los doctores á su capricho en las Facultades que se le antoja—como licenciados en Filosofía y Letras, no siéndolo más que de una cosa sola.

Estas burlas indignas, con las que se explota á los padres de familia, ¿no son dignas de que las ponga correctivo?

—¡Pero usted las trae con los curas?—me dirá alguno.

No señor, yo las traigo contra la injusticia y la inícuca explotación. Por eso, días pasados, cuando me enteré que el Director del Instituto estaba girando visitas á los colegios, le llamé la atención sobre los educadores de sotana, porque únicamente ellos, al amparo y con la influencia de los hábitos, se permiten burlarse de las autoridades académicas, de los padres de familia y de la santidad de la ley.

Porque se da el caso, para honra de los colegios, grandes y chicos, dirigidos por seglares, que ninguno falta á la verdad, y todos, con la mayor sinceridad, se muestran tales y como son: el que tiene mucho, como mucho; y el que tiene poco, como poco.

¿No quieren el Sr. Rector de la Universidad, y el Sr. Director del Instituto hacer justicia?

Pues ahí tienen un botón de muestra.

Y si desean más, más les daré.

Y todos de gente eclesiástica, porque son los que se burlan de la sociedad, de la ley y de Cristo padre.

¡Eal! ¡Ya ha llegado la zorra á los chóchos!

Nota.—Yo no tengo que vengar agravios de nadie, ni tengo hijos que llevar á colegios, ni los curas me han hecho daño alguno. Cuando los he necesitado—¡hace ya tiempo!—les mandaba echar una peonada por un alma del Purgatorio, y la sacaran ó la dejaran dentro, yo les pagaba su jornal.

No hay, pues, que echar á mala parte esta campaña que inicio por ayudar solamente á los ilustrados colegas de la plaza que la han comenzado sin atreverse á levantar el velo que encubre tanta engañifa.

—En Barcelona un obrero ha querido extrangular en la calle á un jesuita..

¡Jesús, qué barbaridad!

—¿Pero llegó á extrangularlo?

—¡Un intento nada más!

—¿De modo que no lo pudo...?

¡Qué desgracia!

—¡Sin igual!

—Pero, diga usted: ¿Entonces,

la matanza va á empezar?

—No señor: ¡es un ensayo

de las fuerzas nada más!

D. Víctor Concas, un marino ilustradísimo, comandante que fué del crucero *Marta Teresa* en la derrota naval de Santiago de Cuba, ha pronunciado un discurso el Almería, y ha dicho:

«Necesitamos, señores, sacar de su atonía á este pueblo, y de ahí que es preciso aprender la historia de ayer para comprender la de mañana. En estos días causa horror que se hable aún de esas desmembraciones. Nosotros hemos equivocado muchísimo el concepto del patriotismo en Cuba; pero hoy es muy distinto, y el país entero debiera levantarse en peso al hablar de tal cosa, porque la última piedra del pico de Tenerife es tan patria y tan España como puede ser Castilla, como toda la Península ibérica. (Aplausos). Entónces será ocasión de realizar aquello de «el último hombre y la última peseta»; y si no nosotros consintieramos, militares ó no militares, que se nos arrancase un grano de arena de lo que nos queda, nuestras mujeres tendrían derecho de rechazarnos con desprecio. (Grandes entusiasmas aplausos).»

Yo soy un admirador desconocido de don Víctor Concas; y soy admirador suyo, porque es uno de los marinos españoles más ilustrados y más marinos. Recuérdese su viaje á América dentro de la nao cuando el centenario de Colón.

Pues bien, D. Víctor: Me parece que nuestras mujeres van á tener derecho á rechazarnos como ustedes no pongan el remedio.

Porque, como se empeñen los ingleses en llevarse las Canarias, ¡se las llevan, no tenga usted dudal!

Y nosotros se las daremos para... salvar la monarquía, ¡que es aquí lo importante!

Como lo fue en Cuba.

Y en Filipinas.

Y en Puerto Rico.

Pero... dejando esto aparte, voy á transcribir aquí este trozo en que el ilustrado y valiente marino, quizá con lágrimas en los ojos, hizo el relato de la salida de la escuadra española de Santiago de Cuba.

Se refiere al almirante (no á Silvela):

«De él lo aprendí, señores, aquel día 3 de Julio en que, mandando la vanguardia, ya en la boca del gran canal de Santiago de Cuba, cruciendo el barco al impulso de la máquina, cuando íbamos ya saliendo y teníamos delante aquella poderosísima escuadra enemiga, tantas veces superior á nosotros; cuando el desastre era seguro, y no sabíamos si la eternidad nos esperaba dentro de dos minutos; en aquel silencio imponente, los oficiales en sus puestos y los marineros al pie de los cañones; cuando yo le dije á mi noble y querido almirante, amigo de toda la vida:—¿Ya?—Y me contestó:—¡Sí, fuego!—le respondí:—¡Pobre España!

Esas fueron mis palabras. Nos acordamos de la Patria que íbamos á entregar á merced del enemigo. (Aplausos calurosos.) Mi noble y querido almirante me hizo una señal significativa de que había hecho su deber hasta donde le era posible; volvió la cara, dió la orden de fuego y resonaron las cornetas en todo el buque, en la seguridad de que todo el mundo iba á cumplir con su deber.

(Una voz:—¡Viva Cervera!—Este viva es contestado por el público.)

Dos minutos después, todo era estrago y muerte, cruciendo nuestras cubiertas por el fuego de nuestros cañones, y, al mismo tiempo, viniendo en bandadas, que parecían cubrir el espacio, pedazos de hierro que destrozaban á nuestras pobres gentes. En 35 minutos yo perdí 199 hombres de 545, y sus restos, arrojados al agua, parecía el *Marta Teresa* un monstruo que quería deshacerse de sus hijos para entregarlos á las fieras del mar. (Grandes y atronadores aplausos.)

Vivos y muertos fuimos todos al agua; no nos rendimos, no capitulamos, caímos como deben caer los soldados en las trincheras. (Aplausos.) Allí mezclamos nuestra sangre; allí, mis pobres oficiales hechos pedazos, mis pobrecitos marineros, todos, grandes y chicos, todos hijos del pueblo, mezclamos nuestra sangre tranquilos, con la conciencia del deber cumplido. (Aplausos.) Habíamos cumplido con nuestro deber, y es lo que queremos nosotros que reconozcan nuestros conciudadanos; no queremos más; y ese deber estamos dispuestos á cumplirlo ahora y siempre; eso es lo que queremos decir á esos que creen que no debe haber Marina en España.»

¡No, ilustre marino!

Si aquí nadie quiere que desaparezca la Marina, que tan brillante página dejó escrita en Trafalgar.

Aquí lo que se quiere es que desaparezcan los ladrones de la Marina, los que la mandan a luchar con escapularios y no con cañones, con curas y no con artilleros, con señoritos y no con marinos.

Y para que desaparezcan todos esos, es necesario que desaparezcan otras cosas que usted y yo sabemos, y que no digo porque no quiero cuentas con Fiscales!

CARRASQUILLA.

Las flores rojas

«El Sr. Silvela ha dicho que la boda del conde de Caserta con la princesa de Asturias es un hecho.»

I

¡Tristes días aquellos para la independiente y fiera España!

El trono de Fernando VII convirtiéndose en tabajería sangrienta.

Era la palabra real signo de perfidia, doblez y engaño, sentencia de muerte y patíbulo de la dignidad humana, en que perecían agarrados por obra de la burla ó del hierro cuantos ilustres hombres querían salvar á la nación de vergonzosa ruina.

A la muerte del infame rey estallaron las guerras civiles. Dos banderías se disputaban la corona: salvajemente tradicionalista la una, progresiva la otra.

Fué, pues, el combate hirviente marea de sangre, lava que surgía como virulento pus de los volcanes del rencor, del odio y de la ira.

A la voz de Carlos V y de Carlos VII callaron los coros de alabanza á Dios para sucederles gritos de guerra. En armas se levantaron fieles é infieles. La blanca mano del sacerdote, que antes se levantara hasta los cielos como alada hostia de paz chorreaba sangre y manaba venganza. El reino del paraíso pintábase para los fanáticos negros carlistas como sabroso día de repesalía en que, víctimas de suplicios crueles, perecieran los liberales. Y cuando las llamas achicharraran el último trozo de carne blanca, y el huracán se llevara muy lejos los cenizas del última réprobo, lanzadas á los vientos por mano del verdugo, entonces crearían los negros satis fecho el iracundo dios y podrían soñar tranquilamente con la vida eterna.

Gastóse la sangre á torrentes: nada valía la vida; gusto era entregarla en el campo de batalla para sustraerla al suplicio afrentoso padecido en obscurísimo, cegador calabozo. La historia del suplicio en España fué única en tiempos de liberales y carlistas. Cierta vez, un pelotón de blancos, sorprendidos por la caballería negra, fué acuchillado con refinamiento inaudito.

Atóse á los prisioneros por las piernas, sujetándoselos con sus propios calzones, y obligóseles á correr.

Como pájaros sin alas ó aturdidos murciélagos, tropezaban aterrados con sus propios verdugos, los cuales, lanzando salvajes gritos y carcajadas histéricas de placer, bajaban al suelo sus sables y los levantaban goteando sangre al cielo como para ofrecerle en sacrificio la vida de los impíos blancos.

En la trágica montaña de Igúzquiza se abrió una sima, donde siniestra y nocturnamente parecían cientos de hombres. Las mujeres, á lomos de vergonzantes asnos, desnudas, tiritando de vergüenza y de horror bajo la pringosa capa de miles con que se las cubría para emplumarlas recorrian los pueblos seguidas de canallesca turba que arrojaba piedras, siendo las infelices atormentadas, educador ejemplo de una infancia que nacía á la vida escupiendo el propio vientre de donde había salido.

Era fiesta de pólvora el fusilar; procesión divertida el empalamiento y espectáculo carnavalesco el bayoneteo y azote.

Filas de cabezas lívidas clavadas en las bayonetas eran paseadas por España como pregón de la bárbara fábrica de ejecuciones, alimentadas por blancos y negros.

Miembros descuartizados adornaban diariamente murallas, puertas fuertes, y almenas, como trofeo genial de un novísimo estilo arquitectónico guerrero.... Más de 30 años, apenas endulzados por falaces y torvas paces, duró la lucha, y al implacable furor de los dos príncipes fueron sacrificadas dos generaciones. Perdiéronse cosechas y más cosechas; la lozana juventud no dió sino amargos frutos de heredado rencor; embruteciéndose y se purdió para siempre España. Campos desolados, templos vacíos, escuelas cerradas, cementerios repletos decían á voces que aquella península, tan feliz antes, por obra de dos príncipes rivales era un desierto habitado por verdugos y por cuervos.

Moralmente habían vencido los carlistas, pues imperaban en nuestra nación la barbarie y el atraso; los sacerdotes guerreros creían satis-

fecho á su Dios con tantas y tantas víctimas inmoladas en nombre de una religión de paz. Pero afortunadamente el azar de las armas dió la victoria á los liberales. Una religión de paz, de libertad y de progreso, fundió los corazones, todos ávidos de dicha y amor. Lagos de sangre separaban á los dos bandos; sangre generosa que podía servir de fecundo abono á la naciente libertad y convertirse en lucida flor y sabroso fruto.

Cuando los liberales entraron en Madrid era un día de sol; tapices cubrían los balcones como esflorescencia natural de colorantes y ricos tejidos; perfumes elevábanse á los cielos, confundiendo con el pesado aroma de azucaradas flores.

El ejército vencedor hundía su planta en alfombras de mirto y laurel. Fusiles, lanzas y trofeos, parecían ambulantes jardines cubiertos con abrumador ramaje. Las hermosas levantaban sus velos para mostrar á los jefes vencedores sus ardientes miradas en prenda de turbulentas noches prometidas al soldado triunfante.

Cuando el príncipe D. Alfonso llegó á Palacio, su favorito, hombre de larga experiencia, llamóle al jardín y secretamente le dijo:

—¿Ves esa flor roja? Pues con ella será tu dicha! El día que palidezca date por perdido. Porque su encarnado color simboliza ¡oh príncipe! que tu trono se formó con la sangre generosa de dos generaciones de liberales.

Y la purpúrea flor, llevada á lujoso tiesto, fué como sagrado trofeo de un siglo de luchas.

Muchos años han pasado desde entonces. La Corte descansadamente gobierna. Murió el príncipe liberal y vencedor.... En flojas riendas está el gobierno.... Son los españoles de condición olvidadiza; mas ¿cómo borrar de su memoria tan cruentas guerras y tan espantosos sacrificios? Cuando lejanamente se oye nombrar á los dos Carlos, basta el recuerdo solo de sus odios nombres para que la dormida España gima y se revuelva en ira. Los sacerdotes carlistas predicán guerra en el templo. En la hora de los celestiales sacrificios alzan sus manos á Dios sacerdotes pomposos; la púrpura de sus vestidos es de aquel mismo color de sangre que antaño teñía sus sables en los campos de batalla. Alzan la hostia con la diestra misma que les servía para levantar pistolas, trabucos y cuchillos.... Y el pueblo, como estúpido rebaño, sigue al sacerdote de las venganzas, sacrificador de sus padres y de sus hijos, violador de sus mujeres y de sus hijas.

En días de algarada y gresca los carlistas se introducen en las ciudades ostentando la boina blanca. Cuando un liberal siente sobre sus espaldas el azote de la ley, revuélvese hacia su opresor, é indignado contempla á un antiguo cabecilla convertido en alcalde ó juez alfonsino. ¿Qué ha pasado entre los españoles blancos y negros? ¿Es que se ve ya lo blanco negro?

Entretanto, sabrosas cosas ocurren en la ciudad de Madrid.

Haose introducido en ella personajes fantásticos.

En palaciegos salones de mármoles y oro jentanse generales, dignatarios y ministros. Fiestas y recepciones, adormidas músicas y placenteros bailes, manteniéndolos en delicioso sopor. Filtros infernales aderezados por obispos y nobles carlistos sostienen el sagrado sueño de los monarcas, haciéndoles olvidar guerras y victorias.

Frases de inexplicable sentido escúchanse junto al trono.

—Hermosa estrella—dice un general asomándose al balcón de palacio cierta noche de luna.—Es la estrella que me acompañó en la victoria de Lácar.

—Gran fortuna tuvisteis—responde otro jefe.

¡Oh asombro! ¡En la propia mansión de los reyes, un jefe, vestido con el uniforme alfonsino y liberal, recuerda la buena estrella de Lácar, donde los carlistas obtuvieron su única y magna victoria!

Otro día, un obispo pagado por la corona alza su voz en el templo y dice:

—No os fiéis de la reina. El liberalismo es un insulto á Dios. Fiáos de D. Carlos.

Y el gran obispo sale del templo poco después para prosternarse respetuosamente ante las gradas del trono liberal.

Cierto día se pide á la corona dineros con que fundar escuelas.

—No lo hay—dice el tesorero.—Se dió todo para los frailes, que tan valientemente pelearon en el campo carlista y nos hicieron perder Filipinas.

¿Qué ha pasado en España? ¿Acaso los españoles son ciegos, ó por estravismo de la vista ven el color blanco donde debieran ver el negro?

¿Qué ha sucedido? Quizás el antiguo favorito de la corte lo explique.

—Reina—se le oye decir un día—asómate al balcón y mira tu jardín. Allí está el tiesto de las flores rojas que serán tu dicha. El día que palidezcan, date por perdida. Porque su encendido color simboliza ¡oh príncipe!, que tu trono se formó con la generosa sangre de dos generaciones de liberales... Y mira, mira cómo palidece la flor roja, la flor de la libertad... ¡Qué mustial! ¡Casi blanquea ya!

RODRIGO SORIANO.

De actualidad

HUELGA YANKI

Se ha agravado la huelga de los mineros de Pensilvania.

Los huelguistas ascienden á 126,000.

SUSPENSION DE PAGOS

En Barcelona han suspendido pagos algunos importantes industriales, entre ellos Sala Hermanos que dejan un pasivo de dos millones de pesetas.

CERRAJEROS BARCELONESES

Sigue igual la huelga de cerrajeros: la benemérita intervino en algunas coacciones.

BANQUETE

En San Sebastián se ha verificado el banquete en honor del embajador de Italia: asistieron Dato y el alto personal de Palacio.

PLANTE

En Barcelona amotináronse los presos de la Cárcel negándose á tomar el rancho.

Por consejos de los empleados depusieron esa actitud.

DEFENSA DE INTERESES

Invitados por los azucareros aragoneses, reuniéronse en el Congreso aquellos que se sienten perjudicados por las competencias que les hacen los vascongados que tributan con arreglo á la ley especial por que se rigen, á fin de ocuparse de la defensa del interés común.

Aprobáron los fundamentos que contiene la exposición que los azucareros aragoneses dirigirán al ministro de Hacienda, acordándose gestionar que el Gobierno tenga en cuenta lo que conviene al interés común.

La exposición firmáronla todos los reunidos.

LA TABACALERA

Conferenciaron Allende y el marqués de Aldama, respecto de la reforma de la contrata de la Tabacalera.

DISTINCIÓN

Concedida la cruz de Carlos III al Embajador extraordinario de Italia.

GLOBO DIRIGIBLE

En Saint Cloud se han verificado pruebas del globo dirigible inventado por Santos Dimot. El aerostato hizo pruebas de excelentes resultados y marchó contra el viento entre los aplausos de la multitud.

CARLISTAS

Cerralbo marchó á Biarritz, Burdeos y París.

AL REY DE ITALIA

La Regente desea conceder á Victor Manuel la Gran Cruz de San Fernando.

VINOS ESPAÑOLES

La importación de los vinos españoles en Francia se ha elevado en los ocho primeros meses á 1.843, 881 hectolitros.

UNA TROMBA

En los temporales de Argelia una tromba de agua inundó la ciudad de Lidibellables. El agua alcanzó metro y medio de altura, causando grandes desperfectos.

ANARQUISLA

De Budapest ha sido expulsado un anarquista apodado Brens, apologista de Bressi.

SOCIALISTAS

En Tánger verificóse un mitin socialista, en que pidieron la libertad de los compañeros de Jerez.

DEL TRANSWAAL

Corre el rumor de que las autoridades portuguesas de Mozambique buscan un pretexto para retener á Krüger, incautarse de los documentos y entregarlos á Inglaterra.

Dícese que Krüger ha efectuado en el Banco local de Marquez un depósito de millón y medio de libras esterlinas.

La prensa inglesa califica de insolente el ofrecimiento hecho por Holanda de un buque á Krüger.

La prensa de Viena protesta contra la expulsión de los austriacos del territorio del Transwaal.

Telegrafía Roberts que 3,000 boërs retíranse con dirección á Komatiopool.

Iniciado el avance de los ingleses, 7,000 cruzaron la frontera portuguesa y el resto ocupó los montes de Llebondo.

Sobrevino tumulto entre los boërs ante la inutilidad de la resistencia, y destruyeron los cañones que tenían.

Viljoen, con 2,000 boërs y treinta cañones, intenta dar un golpe de mano en combinación con Dewey.

DE CHINA

Los aliados de China pedirán indemnización de ochenta á noventa millones de libras esterlinas.

Son inminentes nuevas ejecuciones de rebeldes en Shanghai.

En combate al Oeste de Pekín los alemanes mataron 350 boxer.

El virey de Brechoan, con 10,000 chinos, marcpa á Chansi á proteger al emperador,

El primer cigarro

Tiene el tabaco una verdadera importancia social. El niño no cree ser hombre hasta que fuma, y esta idea, que adquiere en los colegios y en los Institutos, la realiza á costa de un molesto y desagradable debut.

Todavía me acuerdo del mío, apesar de los innumerables años que han transcurrido desde entonces.

Veía yo con envidiosos ojos á los que lanzaban al cielo las azuladas nubes que salían de sus cigarros, y me decidí á lanzarlas también, costase lo que me costase, que no fué mucho, pues por tres cuartos adquirí un coracero, que en mi época constituía la clase extrafina superior en labores peninsulares.

—¡Vaya—dije para mi chaquetilla de mahón—llegó el momento de chuparme á este individuo! ¡Sésamo, ábrete!

Y empecé por abrir mi caja de fósforos, sacar uno, encenderlo y aplicarlo al veguero es-tanqueril.

Inútil fué aquel afán, como dijo el poeta, toda vez que hube de sacar otro fósforo, y otro más, y otros aún, perdiendo la cuenta de los que iban.

—¡No tiral—exclamé, impuesto ya en el argot de los fumadores, á la vez que chupaba como un desesperado hasta el punto de dolerme las mandíbulas.—¡Al fin arderás, indinolo! ¡Tú ó yo!

El cigarro se iba poniendo negro y yo verde. Sentía un vivo escozor en la garganta, pero no hice por el pronto aprecio alguno de tan significativo síntoma de la catástrofe final. Al cabo salieron de aquel pedazo de carbón algunas llamaradas seguidas de un humo espeso que ennegreció la punta de mi nariz.

—¡Te entregaste, perro!—grité lleno de satisfacción, al propio tiempo que para gozar interiormente de mi triunfo cerraba los ojos.

Cuando los abrí... presencié un espectáculo sorprendente. Al través de un movable velo saltaban locamente las sillas empeñadas en subirse sobre la mesa, que á la vez se elevaba en dirección al techo. Este, por su parte, subía también mientras se hundía el suelo, y yo, como el alma de Garibay, me encontraba en una posición indefinible. Las sienas me latían, los oídos me zumbaban, aflojábanse mis piernas, y previos varios artísticos traspies, dí en tierra con mi diminuta humanidad.

¡Hay momentos, vive Dios, en que asesina el placer!

me deció yo tratando de explicarme por qué tenía el estómago en insurrección, la garganta dolorida y los labios secos. Pero fué en vano.

Todo lo que pude conseguir fué quedarme dormido después de un cuarto de hora de somnolencia en que parecía botar de pared á pared como una pelota de goma. A mi lado yacía el coracero convertido en un tizo, despidiendo aún una tenue nubecilla de humo negro.... ¡fumándose solo!

¿Quiéren ustedes que les diga una cosa?

Pues por volver á aquellos tiempos en que me ocurrió el suceso que menciono no tendría inconveniente en tomar otra borrachera de nicotina... ¡y lo fumado, fumado!

ANGEL DE LA GUARDIA.

Resurrección de la patria

(BALADA)

—Sí, madre, te escucho atento.

¿Llegó á ser cabo ó sargento?

—No, que llegó á general, y usó coche, usó boato, todo lo que le era grato, como un señor principal.

Era en la lid una fiera; en honor de su bandera, se peleó veces mil, y otras tantas, victorioso, salió el genio valeroso de aquel joven tan gentil.

Si entras en el campo santo,